

solamente su energía física, sino también su independencia y su solidez de juicio, su decisión de carácter, su hábito de pensar y el conjunto de esas cualidades que son indispensables para gobernar los hombres, para realizar los múltiples deberes de la vida civilizada, y que nos han conquistado nuestro imperio. Los ingleses comienzan la vida con un «fondo comercial» que no es el mismo que el de los indos.»

Son estas razones poco conformes seguramente con nuestras ideas modernas de igualdad. Basta que sean conformes á las leyes de la naturaleza. Contra tales leyes pesan en verdad bien poco los quiméricos sueños de los politicastro.

La expansión adquirida por la clase de los babus se debe sobre todo á uno de los últimos virreyes que han gobernado la India.

Cristiano convencido, figurándose que todos los hombres son hermanos y nacen iguales por los derechos como por la inteligencia, no habiendo por otra parte jamás comprendido á los orientales y razonando como habría podido hacerlo un latino, que prefiere perder una colonia á renunciar á un principio, este ex virrey favoreció especialmente á los babus, imaginándose que haría de ellos europeos. El peor enemigo de Inglaterra, puesto en el trono de la India, no habría proporcionado á la metrópoli un mayor perjuicio. Esos indos, instruidos de sus privilegios teóricos, llenan hoy la prensa indígena de ardientes ataques y de incesantes quejas. Que alcance Rusia á las fronteras de la India y consiga cualquier ventaja, y el babu se encargará de organizar en su favor un levantamiento de la población. Soliviantado contra el poder inglés, es el oscuro gusano que roe los pies del coloso.

Nos hemos extendido algo sobre los resultados de la educación inglesa de la India porque no hay en la historia ejemplo que pueda enseñar tan claramente el peligro de dar á un pueblo una educación mal adaptada á su constitución mental. La educación europea aplicada al indo ofrece por todo efecto la destrucción de los resultados de su larga cultura anterior y el de crearle

necesidades que no sentía, sin proporcionarle el medio de satisfacerlas, y por lo tanto el de hacerle del todo miserable, y más aún el de transformarle en enemigo implacable de los que le han dado esa funesta educación. El pobre babu sufre las consecuencias de su falsa situación y se queja amargamente. Los sucesos se encargarán sin duda de vengarle mejor que sus vanas palabras. El poder que ha creado el babu perecerá acaso por el babu.

3.º — EL PORVENIR MILITAR DE LA INDIA

El porvenir de la India no es sólo, como veremos pronto, el porvenir de la pujanza inglesa en la península. El problema es más vasto. Implica el estudio de las consecuencias de la lucha que se prepara ahora entre dos mundos separados por un abismo, el Occidente y el Oriente. Antes de entrar en esta cuestión en su generalidad, debemos decir algunas palabras del porvenir posible de la dominación inglesa en la India.

El lector al corriente del estado actual de la India debe estar bien persuadido de que el pueblo indo no tiene la menor probabilidad de pertenecerse jamás y que su destino es el de vivir siempre dominado por conquistadores extranjeros.

La India no puede tampoco formar una sola nación, como no podría formarla Europa. Los pueblos que la habitan pertenecen á razas muy distintas, hablan lenguas demasiado diferentes y tienen intereses demasiado contrarios para poder jamás reunir sus esfuerzos contra una dominación extranjera.

¿Continuará aún mucho tiempo bajo la dominación de sus actuales dueños? No parece muy probable. Rusia no cesa de avanzar hacia la India y va á encontrarse muy pronto á sus puertas. El paso de Kabul, ya franqueado por tantos conquistadores, lo será sin duda de nuevo.

La fuerza militar de Inglaterra en la India es seguramente muy respetable, puesto que gracias á los caminos de hierro puede reunir rápidamente todo su ejército en un solo punto; pero

este ejército no es sino de 75.000 hombres y no podría evidentemente resistir durante mucho tiempo á tropas europeas tres ó cuatro veces más numerosas. Lo que constituye en gran parte la fuerza actual de los ingleses en las Indias es que han sabido inspirar á sus vecinos los rusos un miedo muy grande que les ha hecho renunciar muchas veces á sus proyectos de invasión en circunstancias en que esos proyectos parecían de una realización relativamente fácil. Esa invasión no es por eso menos temible y constituye una de las más graves preocupaciones de Inglaterra. Se comprende, pues, fácilmente que esta última procure retardar la tempestad suscitando á Rusia todas las complicaciones posibles sobre diversos puntos del globo.

En la lucha que se empeñará fatalmente un día entre la oleada de los invasores eslavos y el escaso ejército que Inglaterra mantiene en las Indias, no habrá lugar á preocuparse de la intervención de las poblaciones indígenas. Todos los invasores extranjeros han sido por ellas sufridos con la más completa indiferencia. Saben que deben sufrir un amo y se preocupan poco de saber cuál será ese amo.

Sin embargo, en la futura guerra por la posesión de la India, el invasor — cualquiera que sea, por lo demás — puede contar seguro el apoyo de la numerosa clase de los babus. Este apoyo será, no hay que dudarlo, puramente moral; pero como será muy enérgico, permitirá al invasor aparecer como un libertador providencial é imponer su autoridad sin discusión. Instruidos por los babus, no dejarán las poblaciones de reconocer al nuevo conquistador como una evidente encarnación de Vishnu. Es dudoso que ganen mucho en el cambio; pero esta es, á mi juicio, una cuestión que jamás ha preocupado á conquistador alguno.

4.º — PORVENIR ECONÓMICO DE LA INDIA

La India y diversas comarcas del Asia han sido regularmente invadidas desde hace siglos por los pueblos del Occidente y metódicamente explotadas por ellos en virtud de esa inexorable ley

que ha regulado las relaciones de los pueblos desde el origen de la historia: la ley del más fuerte.

Y véase, no obstante que, á consecuencia de la evolución de las leyes económicas que transforman hoy el mundo, el Oriente va á convertirse á su vez en el invasor del Occidente y le amenaza con los trastornos más profundos.

La invasión será tanto más temible cuanto que no llevará consigo ni hombres ni cañones, es decir, nada de lo que se puede vencer, sino sólo fuerzas inaccesibles de las que no pueden vencerse.

Gracias, en efecto, á la evolución actual de la industria, las armas con que combatían antes los pueblos tienden de día en día á transformarse. Los hombres no luchan ya solamente con el cañón, luchan ahora sobre todo con sus productos industriales y agrícolas, y en una tal lucha la ventaja deja con mucho de estar de parte del Occidente.

Hemos examinado en otras obras las consecuencias de la lucha que se empeña en la actualidad entre el Oriente y el Occidente. No podemos estudiarla aquí sino en lo que concierne á la India.

Habiendo la rapidez de las comunicaciones creada por el vapor y la electricidad suprimido de hecho las distancias y puesto en contacto casi inmediato todos los pueblos de la tierra, los dos ríos en que se ha dividido la corriente del espíritu humano, el gran río oriental, tranquilo y profundo, de majestuosa lentitud, y el torrente occidental, de una rapidez impetuosa, van á cesar de seguir lechos diferentes. Sin duda entonces el equilibrio establecido entre las dos corrientes que se confunden se establecerá entre los dos mundos. Pero si se investiga cómo se realizará esa nivelación probable, se reconoce pronto que no será con ventaja para los pueblos del Occidente.

A juzgar por los signos precursores más numerosos cada día, la aproximación de los dos mundos bajo la influencia del vapor y la electricidad tendrá por primera consecuencia una igualación general del valor de los productos industriales y agrícolas, y por

tanto de los salarios en la superficie del globo. Naturalmente, el promedio será determinado por la tasa de la jornada de trabajo con que se contentan los pueblos que tengan menos necesidades y puedan por consecuencia producir lo más barato posible. Luego, en una tal concurrencia, los orientales, que constituyen la mayoría de los habitantes del globo y que son al mismo tiempo los más sobrios de todos los pueblos, resultarán fatalmente los reguladores de los salarios y serán por consecuencia los únicos á que beneficiará la aproximación. Es probable que sus salarios se eleven un poco; pero es cierto también que los de los europeos deberán bajar, no un poco, sino considerablemente (1).

No es preciso un ojo muy perspicaz para ver asomar en el horizonte los signos precursores de la lucha que pondrá frente á frente, no dos naciones, sino dos mundos, y cuyas consecuencias directas ó indirectas serán necesariamente gravísimas.

Ya los trigos de la India se venden en Europa á mejor precio que nuestros propios granos. Ya las cosechas obtenidas en esas llanuras sumen en la desesperación y la miseria á las familias de los labradores franceses. Ya la agricultura europea piensa, á despecho de las leyes impotentes de la protección, en renunciar á la lucha. Numerosos lotes de tierra, hasta en Inglaterra no encuentran colonos que quieran tomarlos ni por el precio del impuesto. ¿Qué sucederá en nuestro mundo occidental cuando á su vez sea la industria derrotada por pueblos que fabriquen tan bien como nosotros, gracias á nuestras propias máquinas y á precios veinte veces menores? El minero que se ha acostumbrado á ganar cinco ó seis francos diarios y que amenaza con quemar el edificio social cuando sólo gana tres ó cuatro, verá bien pronto á los industriales pedir á la China, entonces abierta, carbones extraídos por hombres que se creen ricos cuando su jornal diario llega á veinticinco ó treinta céntimos. El obrero que promueve huelgas para elevar su salario no encontrará más

(1) He desenvuelto en una reciente obra (*Psicología del socialismo*, segunda edición) la cuestión que sólo está tratada someramente en este párrafo.

dónde emplear sus brazos, porque esas mismas hullas alimentarán en el extremo Oriente fábricas provistas de todas nuestras máquinas, pobladas de hombres satisfechos con ganar un salario veinte veces menos elevado que el de los europeos y cuyos productos inundarán el mundo sin que pueda levantarse ante ellos obstáculo alguno. No existiendo entonces las distancias, los pre-



El emperador Akbar

cios de las primeras materias, como de los productos fabricados, se igualarán necesariamente sobre todos los géneros, como se igualarán todos los salarios.

Entre dos grupos de hombres, el uno como los orientales, cuyas necesidades están satisfechas con un salario diario de algunos céntimos, y el otro como los occidentales, cuyas necesidades se cubren apenas con una suma veinte veces mayor, la lucha no es posible y su consecuencia inevitable es que los segundos se-

rán condenados un día á contentarse con los salarios miserables de los primeros.

Sin duda esta nivelación universal de que vemos hoy la aurora – nivelación que hace más fácil ese hecho, sobre el cual he insistido tantas veces ya en mis obras, de que el valor intelectual medio de los pueblos de Oriente no es de ningún modo inferior al de las capas correlativas de las poblaciones del Occidente, – sin duda, digo, esta nivelación no evitará que Europa conserve ese pequeño cuadro de hombres superiores que el Oriente no producirá. Pero ¿qué podrá ese grupo potente, por el genio, débil por el número, delante de esas muchedumbres inmensas que decidirán entonces la suerte? El grupo escogido de los pensadores, de los artistas y de los sabios que poseía la Grecia, ¿la salvó en otro tiempo de la conquista romana?

No es seguramente el estado moral de Europa quien podrá hacerla triunfar en esta lucha futura en que sus destinos estarán en pleito. Como en la Roma de la decadencia, los sentimientos dominantes de las sociedades de nuestro viejo Occidente son hoy la necesidad de gozar y la de aparentar. Nuestra misma extrema cultura intelectual tiende á apartarnos del trabajo monótono, á hacernos eclécticos y variables, á despojarnos de la perseverancia, y engendrando el escepticismo universal, á gastar en nosotros los últimos resortes de la energía y de la voluntad. No es con esas, sino con otras cualidades con las que fueron fundados los grandes imperios y fueron conservados. El amor de la familia, la veneración de los antepasados, la solidez de las creencias, tan fuertes entre los orientales, se debilitan de día en día en Occidente. Esos sentimientos – cualquiera que sea su valor desde el punto de vista filosófico – son en definitiva la base más sólida de la cohesión de los pueblos. Son las palancas todopoderosas á que se han acogido los espíritus superiores que en ciertos momentos han asegurado en el mundo el triunfo de una raza. Cuando faltan tales sentimientos, las sociedades que sobre ellos reposaban se desmoronan pronto y no forman más que aglomeraciones de individuos divididos por sus intereses perso-

nales y careciendo de sentimientos comunes. Las viejas religiones que manejaban en otro tiempo la humanidad, en nombre de las cuales se fundaban y se gobernaban los imperios, esas religiones – quimeras sin duda, pero quimeras todopoderosas aún en Oriente – pierden cada día su prestigio en Occidente, y la ciencia no ha encontrado ideal nuevo que reemplace los dioses muertos. Vivimos hoy de la sombra de un pasado en el que no creemos, los ojos vueltos hacia un porvenir que no vemos aún.

¿Cuál será ese ideal futuro que servirá de base á las sociedades futuras del Occidente? Nadie podría decirlo hoy. Jamás problema tan temible, tan apremiante se ha ofrecido á las meditaciones de los pensadores. De su solución depende nuestra futura existencia. Esos pueblos del Oriente que durante tanto tiempo hemos desdeñado, no deberían ser considerados más como simples bárbaros. Los tesoros de ardor y de juventud que hemos dilapidado en audaces empresas, sobre todos los campos del pensamiento y de la acción, duermen aún en las grandes naciones del Oriente. No dormirán allí mucho tiempo. La hora va á sonar. El día se acerca en que nuestras expediciones, nuestras conquistas violentas, el ruido de nuestros descubrimientos y de nuestras ideas harán definitivamente salir á los orientales de su larga Edad media, y como en otro tiempo los bárbaros ante los romanos, los árabes ante el viejo mundo greco-latino se levantarán ante nosotros con el entusiasmo y la energía que nos abandonan, las esperanzas y las ilusiones que ya no tenemos. El mundo pertenecerá entonces, como perteneció en otro tiempo, á los pueblos que poseerán á la vez el ideal más fuerte y las necesidades más escasas. Nuestros descendientes tendrán que realizar una pesada tarea si quieren conservarse algún tiempo aún á la vanguardia de la humanidad y no hundirse demasiado de prisa en el abismo eterno adonde las leyes de la evolución conducen fatalmente á los hombres, á los imperios y á los dioses.